

# Editorial

## *La utopía cristiana de la reconciliación*

Se esperaba que Juan Pablo II afrontase desde su perspectiva evangélica y eclesial los principales problemas de El Salvador: que animara a profundizar en la democratización y la libertad, pero sobre todo a erradicar la pobreza y la violencia, y que promoviera, vigorosamente la reconciliación del país, fundamentada en la verdad y la justicia. Esta expectativa ante el mensaje del Papa nació de las necesidades urgentes del pueblo salvadoreño, en su mayoría cristiano, y en contra de la propaganda que conscientemente marginó por igual la realidad del país y el magisterio pontificio.

El Papa no satisfizo completamente esta expectativa. Las exigencias del protocolo diplomático y, seguramente, consideraciones de tipo político debilitaron su palabra. El mensaje no se concentró en la problemática actual de la sociedad salvadoreña, sino en el pasado. Las referencias al presente fueron más bien rápidas y abstractas. El desfase del mensaje se refleja en su reducido impacto social e incluso eclesial. Pareciera que le impusieron el discurso político oficial que no se cansa de repetir lo bien que se encuentra el país después de la firma de los acuerdos de paz. Sin embargo, la tradición profética y martirial de la Iglesia salvadoreña afloró al final de la visita, en la catedral de San Salvador, no obstante los esfuerzos de los organizadores y los medios de comunicación social para silenciarla.

El contraste se observa en la eucaristía —más solemne, fría y distante— y en el encuentro con la juventud, los religiosos y los movimientos católicos —más alegre, popular y cercano. A la primera asistieron en primera fila el gobierno, los políticos, los diplomáticos y los grandes capitalistas, pero estuvieron ausentes los mártires y en particular Mons. Romero. En la catedral, la presencia de Mons. Romero

llenó la celebración, notándose la ausencia de los poderes de este mundo.

No obstante estas veleidades eclesiásticas, el mensaje de Juan Pablo II para El Salvador contiene señalamientos importantes. Para captarlo en toda su profundidad hay que considerarlo en continuidad con el de hace trece años (ver *ECA*, 1983, 413-414). Esta perspectiva fue validada por el mismo Papa, quien consideró que las dos visitas están estrechamente relacionadas. Así, pues, concluida la visita, es necesario poner a producir el mensaje de Juan Pablo II, dejando de lado los cálculos políticos, las emociones de un día inolvidable y la propaganda distorsionadora.

### 1. La injusticia social es el mal mayor

Juan Pablo II encontró esta vez un país sin guerra, pero con los acuerdos de paz inconclusos; gozando de algunas libertades políticas fundamentales, pero sumido en una pobreza cada vez más escandalosa, porque una reducida minoría se enriquece cada vez más; intentando democratizarse, pero sin poder superar aún los autoritarismos del pasado y los de nuevo cuño; sin violaciones masivas de los derechos humanos, pero con uno de los índices más elevados de homicidios del mundo; clamando para que impere el derecho, pero luchando contra la impunidad y la corrupción. No es, pues, el país de hace trece años, pero tampoco es el nuevo El Salvador tan pregonado por la propaganda oficial. Indudablemente, se observan cambios, pero no tantos como debiera haber, según lo establecido en los acuerdos de paz.

Las palabras del Papa en El Salvador se pueden interpretar desde la perspectiva de quienes piensan que después de firmar los acuerdos de paz no existen problemas mayores o desde la de quienes están genuinamente interesados en la paz. La primera perspectiva oculta la realidad y, en la práctica, anula la eficacia del mensaje de Juan Pablo II. La segunda enfrenta con honradez y sin miedo la realidad, reconociendo sus bondades y falencias. Pese a las apariencias, la primera postura no favorece la paz, mientras que la segunda, al identificar sus carencias y debilidades, la impulsa y profundiza. Ante esta disyuntiva, la postura de Juan Pablo II es inequívoca. El Papa quiere animar a que el proceso hacia la paz no se trunque, sino que avance y se consolide.

Por eso, de la misma manera que en su primera visita (el 6 de marzo de 1983), Juan Pablo II unió su voz a la de quienes exigían poner fin a la violencia, la represión y la guerra y sobre todo a la de quienes clamaban por la paz, en esta ocasión quiso compartir la esperanza genuina generada por los acuerdos de paz, tuvo presente a todos

aquellos que tanto sufrieron por la guerra y a quienes tanto se esforzaron por ponerle fin, animó a quienes trabajan para reconstruir El Salvador y confirmó la esperanza de quienes han caído en el desencanto.

Juan Pablo II reiteró lo que ya había dicho en su primer viaje con mayor vigor, que la raíz última de los males del país y de la región centroamericana es la injusticia estructural. Así lo dijo en el avión que lo trajo a Guatemala, en sus homilias y discursos y en la audiencia del miércoles 14 de febrero, en Roma, a su regreso del continente americano. El Papa señaló que la finalización de los conflictos armados en El Salvador y Nicaragua ha sacado a la luz el gran problema de la injusticia estructural. Por lo tanto, esforzarse por resolverlo debe ser una prioridad del Estado, la sociedad y en particular de la Iglesia. El Papa desea que ésta se comprometa de manera determinante en la lucha por la justicia social. La ausencia de guerra, habría creado las condiciones apropiadas para que ese combate fuese más eficaz.

---

### La raíz última de los males del país y de la región centroamericana es la injusticia estructural.

---

Es importante que el Papa haya recordado con cierta insistencia la raíz de los males sociales de la región, porque, por lo general, los gobiernos desconocen en la práctica su existencia o, peor aún, usan el lenguaje de la pobreza, precisamente, para ocultarlo; porque la sociedad es cada vez menos solidaria, despreocupándose de las mayorías excluidas de los bienes comunes, que, justamente por eso, cada vez cuentan menos, y porque no pocos eclesiásticos se desentienden de ella, desconociendo que tanto Medellín como Puebla hablan de una opción preferencial por los pobres.

Asimismo, Juan Pablo II advirtió otra vez sobre el peligro de la absolutización de las ideologías, en su doble vertiente marxista y capitalista. Juan Pablo II volvió a llamar la atención sobre el grave peligro de los sistemas ideológicos que subordinan la realidad humana a los intereses del Estado, de las clases dominantes, de los partidos políticos y del capital. Al no respetar a la persona, esas ideologías atentan violentamente contra el carácter sagrado de la vida humana. En realidad, la advertencia hay que extenderla a cualquier tipo de ideología, incluidas las de naturaleza religiosa, que pretenda imponerse de manera absoluta, pasando por encima de la dignidad humana. Al absolutizarse, la ideología se convierte en ídolo y, en cuanto tal, exige el sacrificio de víctimas humanas.

Si la guerra pasada se interpreta como una lucha entre dos ideologías contradictorias (Homilía, 2), igualmente desenfrenadas, idolátricas y asesinas, del final de aquélla no se sigue que el peligro que éstas representan haya desaparecido. La absolutización ideológica con lo que tiene de autoritarismo, violencia y violación de las libertades fundamentales sigue siendo una realidad cotidiana en El Salvador y Centroamérica. El capitalismo en su versión neoliberal continúa tan desenfrenado como antes. Aparte que la guerra no fue únicamente una confrontación armada de ideas, sino también de intereses concretos. El cese del conflicto armado no implica, por lo tanto, la desaparición mecánica de unas ideologías que habrían envenenado la sociedad, arrastrándola irremediablemente a la guerra; no significa que, al no haber ideologías enfrentadas, el peligro de su absolutización haya desaparecido completamente y las relaciones sociales se hayan vuelto equitativas, justas y pacíficas.

La injusticia estructural que ahora nos cuestiona fue la que llevó a la guerra. En ese entonces, se pensó que la única vía para establecer un orden social justo era la del conflicto armado. Este camino demostró ser equivocado y se abandonó, pero el problema sigue siendo el mismo. La injusticia estructural es resultado del sistema capitalista, el único que ha imperado en las sociedades centroamericanas sin ningún contrapeso realmente importante. La pobreza, la violencia, la corrupción y la impunidad que las sociedades centroamericanas experimentan en la actualidad no provienen de otros sistemas ni de sus respectivas ideologías ni de prédicas extrañas, sino de un régimen que ha dado y continúa dando prioridad al capital a costa del trabajo y que saca las consecuencias lógicas de esta falsa prioridad.

De la misma manera que muchas muertes violentas, mucho luto y muchas lágrimas se hubiesen evitado en el pasado si “renunciando al egoísmo y sin ceder a dichas ideologías y sistemas” todos nos hubiésemos comprometido a recorrer “un camino de justicia, de fraternidad verdadera, de progreso social” (Homilía, 3), en la actualidad también se podrían evitar otras muchas muertes y nuevos sufrimientos causados por la pobreza, la enfermedad, el hambre y la violencia del crimen organizado y de la delincuencia si, de una vez por todas, la sociedad y la Iglesia enfrentaran los desenfrenos y la voracidad del sistema capitalista. El final de la guerra no ha colocado a la realidad humana en el centro de la historia, sino que ésta continúa subordinada a la máxima ganancia.

No obstante que la homilía de San Salvador se centró en las causas del conflicto armado de la década pasada, es importante que el Papa haya recordado a las víctimas de la guerra, porque lo que tiende a privar es el olvido y la impunidad; que haya tenido presente a quienes



impulsaron el proceso de paz, “incluso a costa de su vida”, porque casi todos ellos fueron atacados y vilipendiados por quienes querían continuar la guerra y, finalmente, que haya invitado al país a la reconciliación, “fuente de todo perdón y solidaridad fraterna” (Homilía, 3), para poder reunir aquello que está dividido por el pecado personal (el egoísmo) y por la brecha cada vez mayor entre ricos y pobres.

Al recordar a quienes dedicaron su vida a la construcción de la paz, Juan Pablo II tenía en mente a Mons. Romero y Mons. Rivera. Aunque no los mencionó por su nombre en su homilía ante el gobierno y el gran capital, sí lo hizo en el acto delante de la catedral y en Roma, en la audiencia del miércoles 14, cuando refiriéndose a la Iglesia salvadoreña dijo que había desempeñado “un papel determinante para la reanudación del diálogo y la pacificación, pagando un altísimo precio en sangre, sobre todo con sus pastores, entre los cuales es muy venerado el arzobispo Oscar Arnulfo Romero”.

## 2. La paz fruto de la justicia

La paz de la que habla Juan Pablo II tiene como fundamento la justicia y a ella se llega por la solidaridad, el perdón y el progreso en general. Por lo tanto, no es la paz del gobierno ni la de muchos políticos salvadoreños, quienes piensan la paz como ausencia de gue-

rra y no se preocupan por la justicia. La paz que el Papa pide se verifica en una convivencia más humana. Incluso el perdón, del cual se habla con bastante ligereza, debe ir acompañado por obras de justicia. En su homilía anterior, Juan Pablo II proclamó, "no abogo por una paz artificiosa que oculta los problemas e ignora los mecanismos desgastados que es preciso componer. Se trata de una paz en la verdad, en la justicia, en el reconocimiento integral de la persona humana" (Homilía, 1983, 6).

Al pedir la paz y la justicia, Juan Pablo II recordó la utopía cristiana: la civilización del amor (Homilía, 4), que Ignacio Ellacuría llamó civilización de la pobreza. Se trata de una civilización donde a nadie le falte lo necesario para desarrollarse plenamente como persona, donde no haya desigualdades escandalosas y donde no se haga del tener y del consumo la forma superior de ser y de felicidad. Basta contrastar este ideal con la realidad cotidiana para constatar lo lejos que estamos de una paz verdadera.

Es bueno que Juan Pablo II haya recordado la utopía cristiana y haya animado a historizarla, porque predomina el materialismo, el individualismo y el consumismo, promovidos por todos aquellos que se han apoderado injustamente de los bienes que son de todos y por el desconocimiento, la despreocupación y la insensibilidad ante la suerte de la mayoría empobrecida de salvadoreños. Cada vez es más escandalosa la diferencia entre los pocos privilegiados que se benefician de las políticas neoliberales y la mayoría excluida.

---

Una democracia que no se apoye en la solidaridad,  
degenera en abundancia y privilegios para unos pocos  
y en corrupción y violencia generalizadas.

---

La amenaza principal para la democratización del país no proviene tanto del militarismo como de la falta de compasión hacia los empobrecidos, el primer paso hacia la solidaridad, y de la indiferencia ante el sufrimiento de las mayorías. Una democracia que no se apoye en la solidaridad, degenera en abundancia y privilegios para unos pocos y en corrupción y violencia generalizadas. En este contexto, Juan Pablo II le recuerda a la Iglesia que, por su naturaleza y misión, debiera sentir esta injusticia en carne propia y a los países ricos que, al final de los tiempos, serán juzgados por los pobres.

La solidaridad comienza por la compasión, pero debe culminar en la justicia. Desde el profeta Isaías, la experiencia histórica muestra que

la paz es obra de la justicia. Las discordias y divisiones, los conflictos y las violencias se originan en la injusticia estructural. Se ha superado una nueva barrera tecnológica con la cibernética, pero todavía no se encuentra el camino de la justicia. Por eso hay que seguir clamando que no se puede construir una sociedad justa dando prioridad al capital sobre el trabajo, globalizando el mundo como un mercado de monopolios y absolutizándolo para idolatrar el mercado. Los índices económicos proporcionados por los gobiernos y bancos internacionales deben verificarse ante estas realidades injustas y violentas para no añadir encubrimiento a la injusticia.

Dar la importancia debida a lo estructural no debe menoscabar la atención que también debe darse a lo personal. El Papa reconoce ambas dimensiones de la realidad humana y subraya el cuidado que debe darse a cada una de ellas, sin descuidar la otra. Si la atención se concentra exclusivamente en lo personal, se desvaloriza el peso de lo estructural y se evade el desafío planteado por sus desigualdades e injusticias. Si el énfasis se pone en lo estructural se anula lo personal, que es lo más importante. De poco sirven los cambios estructurales, sino se transforma el interior de la persona. Así, pues, lo estructural es lo más necesario, pero lo personal es lo más importante. Juan Pablo II tiene sus ojos puestos en el corazón de la persona y urge cambios profundos en él —una conversión—, pero al mismo tiempo reclama justicia y solidaridad. Desde la perspectiva de lo más importante, la conversión implica abandonar las actitudes egoístas e intransigentes



para así poder avanzar hacia una convivencia más humana.

No obstante tener la mirada puesta en la persona, Juan Pablo II no desconoce las injusticias sociales y la violencia. Por eso afirma con igual convencimiento que jamás se puede prescindir de la justicia. Ninguna persona debe quedar excluida del empleo, la salud, la educación, la vivienda y los bienes comunes. Por lo tanto, ahí donde hay exclusión, hay injusticia y amenaza grave a la paz. Sólo en la medida en que la sociedad se aproxima a la civilización solidaria y fraterna, la paz y la justicia se consolidan.

La reconciliación es un elemento indispensable en la construcción de una nueva sociedad. En primer lugar, porque sólo ella permite superar los odios y rencores dejados por la guerra pasada; pero también para superar las divisiones económicas y sociales. La conversión personal es importante para superar el egoísmo que impide la fraternidad y la solidaridad; pero la conversión social es igualmente necesaria para superar la injusticia estructural o, en palabras de Juan Pablo II para crear “mecanismos e instrumentos de auténtica participación en lo económico y social, con el acceso a los bienes de la tierra para todos, con la posibilidad de la realización por el trabajo” (Homilía, 1983, 7).

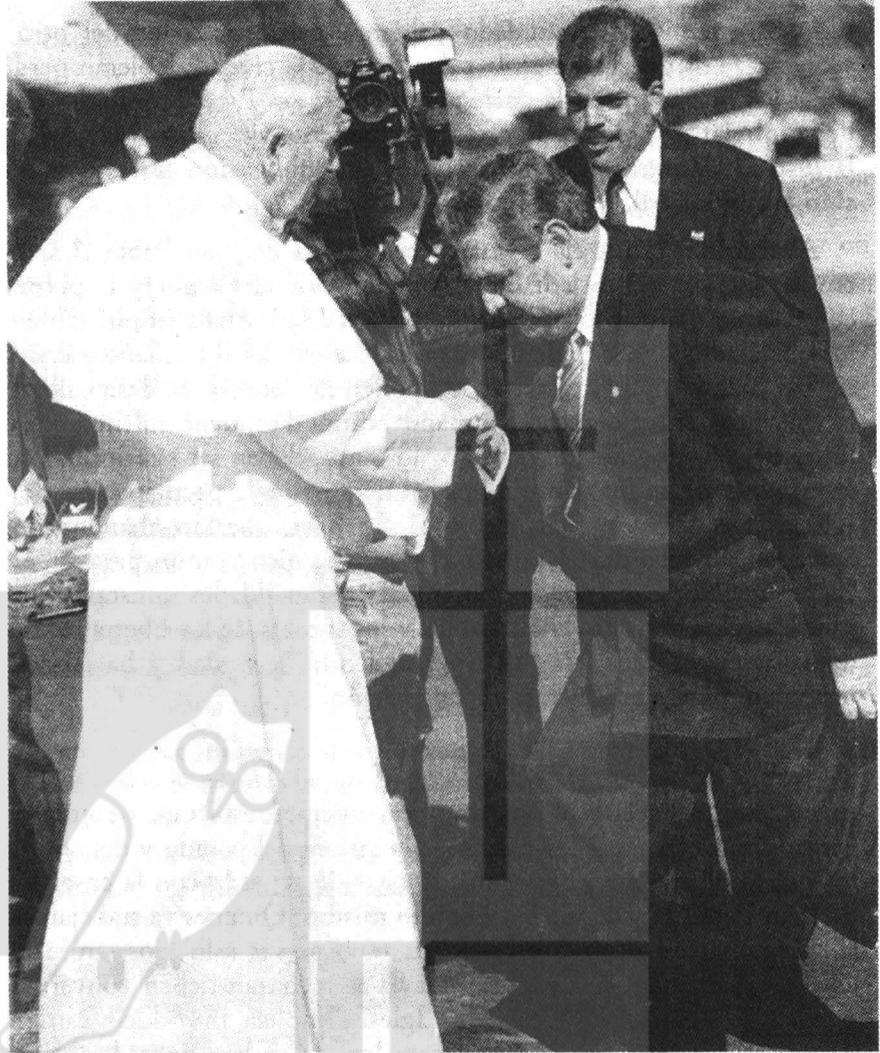
El perdón es una obligación evangélica, pero ésta no puede trivializarse con la mentira y el olvido. El perdón simple y la amnistía precipitada, acompañados de olvidos, no humanizan. Cuando los crímenes han sido tan horribles, el olvido facilita que éstos se vuelvan a cometer, impide la profunda experiencia humana de otorgar y recibir perdón y comete una injusticia más con las víctimas. La verdad es especialmente necesaria para que la reconciliación adquiriera carácter real. El encubrimiento de la verdad —o, para el caso, su desconocimiento consciente—, no llevan al perdón ni a la reconciliación. La reconciliación florece únicamente si se fundamenta en la verdad.

---

### La reconciliación florece únicamente si se fundamenta en la verdad.

---

El falso afán por la paz, obviando la verdad y la justicia, conlleva el grave peligro de vanalizar el perdón. Ciertamente, se debe perdonar, pero para ello se debe conocer qué debe ser perdonado y a quién se debe perdonar. El perdón puede ser unilateral, pero para alcanzar su plenitud debe comprender el doble movimiento que lo otorga y lo recibe. El padre de la parábola de Jesús salía todas las tardes a esperar el regreso del hijo perdido en tierras lejanas y hasta que éste no regre-



só arrepentido no se pudo consumir el perdón paterno. Por lo tanto, se trata de un encuentro, que abre la posibilidad de la reconciliación —la unión de lo que estaba dividido o separado. La tradición cristiana establece que para alcanzar el perdón primero hay que examinar cuidadosamente la conciencia para identificar los pecados cometidos y su gravedad, luego hay que sentir dolor de tales pecados y hacer propósito para no volver a cometerlos, después viene la confesión oral y, finalmente, la obligación de reparar el daño hecho. Estas exigencias esenciales de toda reconciliación cristiana son igualmente válidas para la reconciliación social.

El perdón no puede ser simétrico porque el daño causado no lo es. Con demasiada frecuencia se tiene la impresión que una especie de perdón general de todos a todos reconciliará a la sociedad salvadore-

ña. Los enemigos de un lado debieran perdonar a los del otro y viceversa. Los que viven en la parte baja de la ciudad debieran perdonar a los que viven en la parte alta y viceversa. Estas propuestas tienden a obviar que el perdón está estrechamente vinculado a la verdad y la justicia. Reparar el daño hecho es una obligación no sólo moral, sino también civil.

Al recordar la utopía cristiana, la homilía de Juan Pablo II se fija en el presente. Al insistir en una civilización del amor y la pobreza como condición necesaria para la paz, el Papa señala implícitamente los obstáculos que impiden aproximarse a este ideal humano y cristiano. Al bien común y a la paz se oponen la pobreza, la desigualdad y la violación de los derechos humanos, causa de mucho sufrimiento en miles de salvadoreños de hoy. Por lo tanto, deben ser suprimidas con el esfuerzo de todos y muy especialmente con la participación de la Iglesia. De ahí que Juan Pablo II no haya querido abandonar El Salvador sin recordar el trabajo a favor del bien común para superar "la angustia causada por la pobreza, las desigualdades injustas, el desprecio de los derechos inalienables y los límites de las libertades fundamentales" (Despedida, 4). Sólo diciendo la verdad y haciendo la justicia se puede producir la reconciliación.

### 3. El futuro de la utopía

El camino hacia la utopía implica superar obstáculos de gran envergadura: desarraigar las causas de la guerra del pasado y del conflicto social del presente. No se puede estar de acuerdo con la enseñanza de Juan Pablo II y seguir haciendo lo mismo. Quienes ya trabajan por la aproximación de la utopía deben renovar sus esfuerzos, animados con nueva esperanza. Quienes todavía la rechazan deben convertirse. Acoger la enseñanza social de la Iglesia implica introducir cambios radicales en la marcha del país, para los cuales hay poca disposición tanto personal como social.

El peligro real que enfrenta el mensaje de Juan Pablo II es la cooptación. Esta tendencia se hizo evidente en los preparativos para la visita, los cuales se concentraron excesivamente en la figura del Papa a costa de su magisterio. La propaganda evitó expresamente generar una actitud de escucha para acoger con sencillez el llamado de Juan Pablo II a la conversión. Los organizadores de la visita tanto en San Salvador como en Roma colocaron el discurso papal en el contexto del discurso oficial del gobierno salvadoreño, reduciendo así su vigor evangélico y profético. Le presentaron al Papa un país en paz, en democracia y en camino hacia la prosperidad, donde la jerarquía eclesíástica se ha reencontrado con el gobierno, el capital y el ejército después de muchos años de hostilidad, persecución y frialdad.

Exceptuando algunas referencias más bien rápidas, el Papa se centró en la lección histórica dejada por la guerra civil. Al detenerse excesivamente en el pasado, la homilía y las otras intervenciones redujeron la importancia del presente y del futuro inmediato. El pasado era un terreno más seguro para respaldar a un gobierno que busca mejorar su imagen pública, para apoyar el acercamiento entre la Iglesia y el Estado, el capital y el ejército y también para no colocar en aprietos a un episcopado que, en su conjunto, no se ocupa suficientemente de la realidad del país. Los textos papales eran lo suficientemente genéricos como para dejar contentos a todos los poderes, pero también contienen afirmaciones con las cuales todas las posturas sociales y eclesiales pueden identificarse.

En Venezuela, el discurso papal denuncia los efectos devastadores del neoliberalismo, las idolatrías del dinero y del placer, el consumo ilimitado y el secularismo. Curiosamente, el presidente venezolano recibió al Papa diciéndole que había problemas graves que no le ocultaba, sino que, al contrario, le pedía iluminar con su magisterio. Parece evidente, entonces, que estos discursos dependen mucho de los intereses políticos locales y no tanto de la libertad evangélica para anunciar la buena noticia a todos los pueblos por igual.

Pese a estas influencias poco evangélicas e incluso no del todo de acuerdo con el magisterio ordinario de Juan Pablo II, la realidad de injusticia, violencia y egoísmo no pudo ser ocultada del todo y la cooptación no fue completa. En el encuentro con la juventud, los religiosos y los movimientos católicos surgió la figura de Mons. Ro-



mero como símbolo del compromiso evangélico y de la lucha por la justicia. Juan Pablo II presentó al arzobispo mártir como ejemplo elocuente para la arquidiócesis y el país. Al lado de Mons. Romero aparecieron Mons. Chávez y Mons. Rivera, el arzobispo virtuoso y el promotor de la paz. En ellos se sintetiza la tradición evangélica y martirial de medio siglo de la arquidiócesis.

---

### Juan Pablo II presentó al arzobispo mártir como ejemplo elocuente para la arquidiócesis y el país.

---

Esta herencia sancionada con la autoridad de Juan Pablo II ha sido sistemáticamente rechazada y perseguido por los poderes que concurren en pleno a la eucaristía de la mañana, por quienes aseguran aceptar sus enseñanzas y por muchos de quienes recibieron la comunión de sus manos. De hecho, los organizadores locales de la visita habían decidido llevar al Papa a un estadio de fútbol en vez de a la catedral. Al final, la opinión romana prevaleció, Juan Pablo II quería visitar la catedral y volver a la tumba de Mons. Romero. Para Juan Pablo II, el mensaje evangélico y la enseñanza social de la Iglesia se sintetizan de manera peculiar en Mons. Romero. Por lo tanto, el modelo a seguir no es otro que el de Mons. Romero.

De esta manera, el Papa le recordó muy oportunamente a la sociedad y a la Iglesia salvadoreña cuál es el camino para avanzar hacia la utopía cristiana. No hay razones para el desánimo ni para la desesperanza. Las ambigüedades de la visita, provocadas por la interferencia indebida de los poderes mundanos, deben ser interpretadas como concesiones diplomáticas y políticas de sus organizadores. Si la homilía resulta abstracta, la oración en la cripta de la catedral, ante la tumba de Mons. Romero y los otros dos arzobispos, y las palabras que la acompañaron no dan pie a equívocos sobre el pensamiento de Juan Pablo II.

La fecundidad de la enseñanza del Papa depende del esfuerzo de la Iglesia y los salvadoreños de buena voluntad. En este sentido, el primer servicio que se debe prestar al país es la proclamación de la verdad tantas veces silenciada u ocultada, lo cual obliga a ser voz de quienes no tienen voz. El segundo consiste en clamar para que se haga justicia en las relaciones económicas y sociales. Los excluidos deben ocupar el centro de las políticas gubernamentales, de los programas de los partidos políticos y de la actividad social en general. La magnitud del problema planteado por la injusticia estructural es tal que la solución tiene que ser obra de todos, pero de la Iglesia más que

de nadie, porque su misión la obliga a ser especialmente sensible ante la suerte de los empobrecidos y marginados.

La tarea puede parecer imposible, pero es lo más humano y cristiano que se puede hacer. Es la utopía del evangelio que busca aproximar el reino de Dios, realizándolo en la historia. Los mártires son un ejemplo eximio de este compromiso humano y cristiano a la vez. Ellos entregaron su vida por amor, siendo testigos de la verdad, la justicia y la paz. Con su muerte nos enseñan a ser consecuentes hasta el final y con su vida nos muestran que es más humana la utopía que el simple pragmatismo, la esperanza que la resignación, la generosidad que el egoísmo, la pasión por la verdad que el encubrimiento, la fe en el misterio de Dios que el positivismo sin trascendencia y el espíritu de comunidad que el individualismo. La luz de su vida y su muerte ilumina el camino hacia la utopía.

El mejor tributo a los mártires es el compromiso con la construcción de un El Salvador en verdad, justicia y paz. Solamente un pueblo unido en el amor, la verdad, la justicia y la paz pone luz donde ahora hay sombras y esperanza donde ahora predomina la resignación.

Para hacer fructificar la utopía cristiana de la justicia y la reconciliación hay que actualizar creativamente las palabras de Juan Pablo II desde la realidad salvadoreña y a partir del conflicto fundamental de hoy. Si por un lado hay que convertirse de todo egoísmo, por el otro, hay que revertir la historia —como decía Ignacio Ellacuría—, humanizándola desde las mayorías empobrecidas. Para expresar esta utopía cristiana hay que poner gestos claros de conversión personal y social, que muestren inequívocamente la esperanza de que el cambio es posible.

San Salvador, 28 de febrero de 1996.